

hombre à quien animen sentimientos puros y elevados, puede especular sobre ella. Pero hay que tener presente que para que un acuerdo sea sólido, debe descansar en bases de justicia, debe reconocer francamente los derechos de la Iglesia, y dejar intacta su constitucion. El catolicismo es el plan de asociacion mas grande y mas hermoso que se ha presentado en la tierra. Con sus dos rasgos característicos, la universalidad y la unidad, está íntimamente ligada la independencia de cada Iglesia respecto de las autoridades del país en que reside. La sociedad cristiana ha tenido que sostener alguna gran lucha en cada período de su vida: va para tres siglos que contra ataques de mil géneros defiende esa independencia, sin la cual perderia toda su grandeza, dejaria de ser lo que su Fundador quiso que fuera, y se haria inhabil para cumplir su mision entre los hombres. Los anales de la Iglesia son los anales de la verdadera gloria, los anales eternos, que siempre se leerán en el mundo. Allí está la lista de todos los perseguidores, lista que empieza en Nerón y ha de cerrarse con el Anti-cristo. Es cosa triste, en cuatro días que aquí se pasan, venir á escribir en ella su nombre, y caminar con tal acompañamiento á la posteridad. Yo espero que jamás ha de ser esa la suerte de ningún sabio, de ningún gobernante de México.

FIN.

CUESTION ITALIANA.

INFORME DEL CONDE DE RAYNEVAL,

Enviado frances en Roma,

AL CONDE DE WALEWSKI,

MINISTRO

DE NEGOCIOS ESTRANJEROS DE FRANCIA.

Traducido del Daily News

Por J. M. Poca Barcena.

Edicion del "Diario de Avisos"

MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE SEGURA
calle de San Andrés N. 14.

1857.

QUESTION ITALIAN.

INFORME DEL CONDE DE RAVENNA

ESTADO DE ROMA

AL CONDE DE WARTSK

DE NEGOCIOS ESTERIORES DE ROMA

MEXICO

IMPRESA DE VICENTE BRONDA

1857

Roma 14 de Mayo.

Señor conde:

La situacion de los Estados pontificios preocupa hoy mas que nunca los diferentes gabinetes de Europa y especialmente al gobierno del emperador, bajo el doble aspecto de los intereses del catolicismo y de la proteccion armada que la Francia y Austria imparten á la Santa Sede. Bajo tantas faces se ha considerado esta cuestion, ya desnaturalizada por el espíritu de partido, ya escitando en contrario sentido pasiones tan violentas, que no es dudosa la oportunidad de una revista verídica é imparcial de los hechos.

Acaso las acusaciones dirigidas contra el gobierno pontificio son muy exageradas; sin embargo, tiene este un punto vulnerable: la ocupacion de su territorio por tropas extranjeras de cuyo apoyo quizá no puede prescindir; y como quiera que todo Estado independiente debe estar en disposicion de no necesitar auxilio extraño y de asegurar por medio de sus propias fuerzas su tranquilidad interior, se echa en cara á la corte de Roma la falta á esa circunstan-

cia; é inquiriéndose las causas de su debilidad se atribuye generalmente al descontento que originan entre sus súbditos los vicios de la administracion.

La causa real de esa debilidad no es tan sencilla y se refiere á otro orden de ideas; pero es mas fácil y espedito asentar por conclusion que es culpa del gobierno, que estudiar laboriosamente la historia y las tendencias de la raza italiana. El mal estar y el descontento de las poblaciones nacen mas particularmente de que el papel que representa la Italia en el mundo no está en armonía con sus ensueños ni con sus aspiraciones. En todas épocas se ha manifestado con igual vivacidad esa opinion nacional, considerándose constantemente el poder temporal del papa como el principal obstáculo para que sea satisfecha esa opinion.

En el transcurso de los dos siglos precedentes, esas quejas callaban ante la prosperidad general del pontificado, por el cual afluían á Roma abundantes recursos de todas partes del mundo; pero los grandes cambios acaecidos en Europa en los últimos cincuenta años han sacado la fuente de la prosperidad romana, obligando á la iglesia á contentarse esclusivamente con las rentas de su territorio, de donde nace la penuria que año se hace mayor y que impele los ánimos como por una fácil pendiente á discutir y atacar los actos del gobierno.

—El pontificado protegido hasta aquí por un gran prestigio, comienza á desmerecer en la estimacion del pueblo. En el resto de Europa han desaparecido los últimos rastros de las antiguas soberanías eclesiásticas, en las que nada extraordinario veian nuestros padres, porque estaban acostumbra-

dos á ellas; mas á los ojos de la generacion nueva, un gobierno de esa especie, único que ha quedado en pié en el mundo, es una anomalía que se critica con prodigalidad á la vez que el sistema constitucional, tan atractivo y seductor para los pueblos, se ha plantado insensiblemente en el mayor número de los Estados.

¿Es conforme, se pregunta, al espíritu del siglo, es conveniente obedecer á un sacerdote y perpetuar así un rancio sistema? ¿ni como seria posible por otra parte establecer la libertad pública y la libre discusion al frente de un poder en cuyo dominio entra la infalibilidad en materias espirituales y que se apoya esclusivamente en el principio de autoridad? ¿Como ha de organizarse la Italia poderosa mientras que la península está dividida en dos partes distintas por un Estado cuya naturaleza le fuerza á ser neutral y aislado de todos los conflictos europeos? ¿Cómo puede la Italia representar un gran papel cuando su parte central está bajo la posesion de un soberano que no ciñe espada? Otras causas no menos poderosas sirven de estímulo á esas tendencias hostiles.

Siempre habia tenido la Italia el cetro, si no de la guerra, ó de la política que no son exactamente de su competencia, á lo menos de la civilizacion, de las ciencias y de las artes, y todos han conocido que ese cetro se le iba de las manos. Diariamente noticiaba la prensa con sus mil voces á los italianos los progresos de sus vecinos, haciéndoles conocer que les adelantaban en muchos puntos; y si merced á la ceguedad de amor propio nacional no ha llegado ésta á ser una opinion universal, no es menos cierto que una gran parte de la poblacion se ha

sentido amenazada has en los últimos atrinchera-
mientos de su legítimo orgullo, y he aquí un nue-
vo y terrible cargo contra los gobernantes, cargo
al cual servía de estímulo no corto, la tolerancia
francamente propalada de muchos gabinetes res-
pecto de las quejas de los pueblos.

Las revoluciones y asonadas no podían dejar de
germinar fácilmente en un terreno preparado así,
y ellas han trastornado el país, dejando profundos
surcos á su paso. La momentánea victoria obteni-
da sobre el pontificado, le habia despojado comple-
tamente de todo su prestigio. Ya no era la arca
santa contra la cual ningun esfuerzo humano po-
dria prevalecer. En vano acumulaba concesiones
unas sobre otras, porque ya se disputaba el princi-
pio mismo de su existencia, cuya cesacion era una
idea con la que se iban familiarizando, atribuyen-
do la vanidad nacional sus males á una adminis-
tracion que por su misma naturaleza escepcional
facilitaba la inculpacion; y como las pasiones hos-
tiles adquieren nuevas fuerzas á la vista de un
triunfo inesperado, que por mucho tiempo parecia
imposible, las preocupaciones contra lo que se lla-
ma un gobierno sacerdotal, habian llegado al pun-
to mas culminante. Preciso es hacer ciertas obser-
vaciones acerca del carácter particular de los ita-
lianos. Su rasgo mas prominente es la inteligencia,
la penetracion, la concepcion viva de todo, dones
preciosos que la Providencia ha derramado sobre
la Italia, con mas profusion que en ninguna otra
parte, y que brillan todavia con todo su antiguo
lustre, pero que parecen comprados á precio muy
caro, salvo algunas escepciones notables, con la fal-
ta absoluta de otras cualidades como la energía, la

fuerza de alma y el verdadero valor civil. Es raro
ver á los italianos firmemente unidos entre sí;
siempre desconfiando, viven divididos; faltos de
confianza, que no la tienen sino en sí mismos, se
aislan, de donde proviene que no tengan ni asocia-
ciones comerciales ó manufactureras, ni intereses
comunes, ni combinaciones para los negocios pú-
blicos ó privados: con semejantes disposiciones es-
tán desprovistos del elemento esencial del poder
público, faltándoles totalmente la fuerza orga-
nizada.

Un ejército cuya uniformidad dependa de la
confianza recíproca de los soldados y de la obe-
diencia á su general, es imposible que exista: po-
drán sus filas verse completas en las revistas, pero
á la hora del peligro, los gefes son acusados de
traicion, y los soldados no pueden contar con sus
compañeros. Esta falta de equilibrio entre la in-
teligencia y el carácter de los italianos, da la cla-
ve de toda su historia y esplica el estado de infe-
rioridad política en que han permanecido respecto
de los demas pueblos de Europa.

Jamas han sabido por sí mismos hacer otra cosa
mas que disputar en las plazas públicas, adoptar
partidos extremos, consumirse en estériles agitacio-
nes, dividirse y subdividirse hasta lo infinito, y en-
tregar su país al primer ocupante ya frances, ya
español ó aleman. Cada nacion sufre la pena de
sus propios defectos; pero ¿quién podrá hacerle
comprender que su inferioridad debe atribuírsela á sí
misma y no á su gobierno?

Está de moda, tomando á los piamonteses por
italianos, mostrarlos como ejemplo de lo que es de
espararse de los pueblos italianos, lo cual es un

grande error, porque los piamonteses forman una nacion intermedia que contiene en sí mas elementos franceses y suizos que italianos, bastando para convencerse de esto el solo hecho de que ellos poseen el verdadero espíritu guerrero y monárquico que es desconocido al resto de la Italia.

En cuanto á la política y á la administracion, el genio itiliano es arrastrado por su naturaleza á los términos medios, á las transacciones, considerándose la interpretacion de la ley, como superior á la ley misma, y la jurisprudencia conforme á las tradiciones religiosamente seguidas de la antigua Roma, como un principio de gobierno.

Por todas partes brota esta tendencia ejerciendo un feliz influjo en el progreso de los negocios; pero dejando en la práctica una gran latitud al gobierno, menguando á la ley su autoridad, y estimulando así á los súbditos á sustraerse de la aplicacion rigurosa de sus preceptos, pues una ley inflexible les seria odiosa, y una administracion estrictamente adherida á la letra de la ley, les pareceria insoportablemente dura.

Examinemos los deseos y las tendencias de los pueblos que en este momento son posibles. Sus quejas son mucho mas esplicitas que sus planes, de los que puede decirse que son tantos, cuantos los individuos. En el mas hondo abismo de la sociedad existe el carbonarismo, procurándose prosélitos, honrando el puñal y con el fin averiguado de trastornar cualquier órden social.

Los secuaces de Mazzini, forman una clase superior algunos grados á la infima, y su programa es: república universal, unidad de la Italia, gobierno constitucional y guerra á la Austria. Dicen que

forman un cuerpo considerable y pronto á obrar, pero jamas lo han hecho, porque dirigidos por los clubs de Lóndres y de Génova, su consigna es tranquilidad é inaccion por ahora hasta el regreso de sus gefes á consecuencia de una amnistia y hasta que la ausencia de las tropas extranjeras les dé ocasion de obrar con alguna probabilidad de buen éxito. Esta seccion se estiende á una parte de la clase media, la cual, como tambien las mas elevadas, viven, en general, atormentadas por el deseo de participar los negocios públicos.

Vuélveles el seso el ejemplo del Piamonte, siendo á sus ojos una constitucion á la inglesa prodigiosamente adaptada á sus costumbres y á las necesidades del país y deseando así para ellos como para su patria, una gran latitud de accion. Contéplanse desheredados; y convencidos de que la presencia del papado es un obstáculo invencible para la realizacion de unos proyectos, desean ardentemente la destruccion del poder pontifical. La mayor parte de los miembros de este partido se ha aliado con los partidario de Mazzini, dejando al pair el cuidado de decir entre uno y otro cuando llegue á obtenerse la victoria.

Hay otro cierto número de individuos, que rehusando ir tan lejos como hasta la constitucion inglesa, profesan adhesion al trono pontificio, y á la vez lo abruman con su ataques, pretendiendo que su deseo está limitado á obtener una administracion mejor; pero son incapaces de definir qué es lo que entienden por eso.

A su parecer todo depende del gobierno, hasta el gasto de sus propias casas y negocios, porque si las empresas reservadas á la industria privada no se

desarrollan en los Estados romanos, tienen la culpa, á su juicio, las trabas que el gobierno suscita, y atribuyendo todos los actos de la administracion á motivos puramente personales y que descansan en intereses bastardos, creen que de los negocios públicos y del provecho de ellos, hacen monopolio unos cuantos, que ciegan á su pro los recursos del pais; no ven mas que inmoralidad y colision hasta en sueños. En ningun pais de Europa son mas ligeros los impuestos; pero se quejan de que les abruma el peso de las cargas fiscales, y al mismo tiempo se quejan tambien de que el Estado no ejecuta grandes empresas que ellos debieran impulsar, é ignorando hasta los elementos de economía política y de administracion, cuando se ven forzados á presentar un proyecto, producen sistemas completamente opuestos á las lecciones de la esperiencia. Finalmente, afectan mucho temor á los manzzinistas y á la vez les abrean las puertas.

Hay, en fin, un partido que todos los males los atribuye á haberse abandonado los antiguos senderos. Si pudiéramos volver, dicen, al régimen eclesiástico puro y sencillo de aquellos tiempos, se calmaria la escitacion y desaparecerian las dificultades.

Existe entre estos partidos una numerosa multitud indiferente á todo lo que no sea su propia prosperidad individual, aficionada á murmurar, pero amiga del orden y viviendo en buena armonia con el gobierno pontificio. En cualquiera otro pais seria un buen punto de apoyo para el gobierno, pero aquí donde son del todo desconocidos el espíritu de empresa y la energía necesaria para oponer una resistencia, sea la que fuere; donde la regla general es la inercia, á reserva de quejarse cuando

se hizo algo, de que no se hiciera antes; ¿como pudiera contarse con tales amigos, ni confiar á sus manos los destinos del Estado? He aquí la dificultad: ningun gobierno puede escusarse de buscar un apoyo material, y en los Estados romanos no es posible llenar esta condicion. Cualquiera de esos partidos que llegase á tener la suerte de triunfar, veria indudablemente levantarse en su derredor la misma suma de quejas que se dirigen contra el actual gobierno.

La misma dificultad que tiene hallar puntos de apoyo en un pais incapaz de producirlos, sobrevendrá á cualquiera de los partidos que ascienda al poder. Los que se ciñen á desear las reformas inhábiles para defenderse por que nadie quiere comprometerse en ello, cederán el puesto á un partido constitucional, y éste á su vez lo cederá á los mazzinistas, quienes merced á sus medidas violentas por un lado y de indiferencia por el otro, serán los dueños de la situacion definitivamente. Tal será la inevitable marcha de los acontecimientos, si el actual equilibrio llegare de nuevo á turbarse.

Pio IX se mostró lleno de ardor por las reformas: comenzó á ponerlas por obra; y todo el mundo, sabe la catástrofe que acaeci6 y que se renovaria seguramente hoy.

Este pais presenta el espectáculo de una nacion profundamente dividida, animada de la mas ardorosa ambicion, sin ninguna de las dotes que constituyen la y el poder de otras naciones, sin energía, sin espíritu militar ni de asociacion, falta enteramente del respeto debido á la ley y á las superioridades sociales, y descontenta de su suerte, de la cual acusa á sus gobernantes, quienes en realidad

son carne de su carne y huesos de sus huesos; ¿quién osará esperar que para sobre ponerse á las dificultades de tan complicada situacion, bastará plantear algunas reformas en la administracion pontificia?

Semejante remedio parece á la verdad poco adaptado al mal; ni es fácil apreciar si le traeria siquiera algun alivio. Si los pueblos tuvieran justos motivos de queja contra el gobierno pontificio, y si sus agravios fueran fundados en esa sola causa, el medicamento seria excelente; mas yo he enumerado largamente las verdaderas causas; de la mala situacion del pueblo, y ninguna he alcanzado á ver que tenga relacion directa con el ejercito de la administracion. El punto fundamental en cuestion no es el modo de gobernar, sino el principio, la forma de gobierno.

¿Cuáles son las inculpaciones graves que pueden dirigirse al gobierno pontificio? ¿Qué idea se tiene de los hombres que la componen? ¿Será posible que les falte la inteligencia con que su pais está tan ricamente privilegiado? ¿Tendrán una idea tan débil de su deber y de sus intereses, que de comun acuerdo opongan obstáculos en el camino de la prosperidad y de su pais? No seria en verdad justo acusarles ciegamente y sin un severo exámen de su conducta.

Es opinion generalmente recibida que la administracion pontificia esta todo en manos de eclesiásticos, y se pretende que siendo la mision de éstos defender los intereses del cielo, no se les alcanza nada en los de la tierra: que son indiferentes á la prosperidad de su patria porque no tienen familia: que no pueden comprender las necesidades de la sociedad, pues que viven fuera de ella: que

el espiritu de cuerpo es en ellos mas poderoso que el sentimiento de la nacionalidad, y apenas puede creer el pueblo que el eclesiástico empleado por la corte de Roma en un cargo civil, no tiene ya carácter sacerdotal mientras que desempeña su puesto, y que lejos de monopolizar los empleos los eclesiásticos, solo tienen una pequeña parte formando la minoría de los empleados.

Yo he preguntado frecuentemente á los apasionados adversarios del gobierno romano, qué número creian que hubiese de eclesiásticos empleados en la administracion, y se me contestó que llegaban á tres mil; y cuando con las pruebas en la mano les he demostrado que el maximum no llegaba á ciento, de los cuales una mitad no tenia órdenes sagradas, no me han querido creer. Pues sobre datos tan falsos como aquel, están basados los cargos mas graves que pasan en el público por incontestables.

En otro tiempo, cuando no se hacia la oposicion al gobierno pontificio, la Iglesia comprendió que el papel del sacerdote relativo al altar y el que miraba á la administracion, podrian ser contradictorios, en ciertas ocasiones, y abrió entonces la puerta al elemento laical por medio de la institucion de las prelacías, reservando para ellas cierto número de empleados, hasta en el Sacro Colegio. Esa carrera crece y recibe continuos aumentos por parte de una clase de ciudadanos, especialmente destinados á la administracion, á los cuales se exigen ciertas condiciones de educacion y de fortuna; y últimamente, han desempeñado los puestos públicos á sus propias espensas, disminuyendo de este modo los presupuestos.

Un empleo tan importante rendia hace años al

que lo obtenia, un sueldo de 600 escudos romanos, y despues se aumentaron los emolumentos considerablemente, á fin de hacer mas accesibles esos puestos á mayor número de personas, no siendo obligatorio, á los prelados romanos recibir las sagradas órdenes; y en efecto, la mayor parte de ellos no las tienen. ¿Podremos llamar, pues, eclesiásticos á los que de tales no tienen mas que el uniforme? ¿El conde de Spada, cuñado del padre Beauveau, es al presente un empleado mas hábil y empeñoso que cuando con sus hábitos eclesiásticos desempeñaba las funciones de ministro de la guerra? Monseñor Berardi, subsecretario de Estado, y otros muchos, que pueden casarse cuando quieran, y que constituyen un cuerpo religioso que hace el sacrificio de sus propios intereses á los del país, ¿serian menos irreprehensibles si estuvieran vestidos de otro modo.

Si examinamos, la parte de la administracion romana confiada á los prelados, é inquirimos los que son eclesiásticos, y los que no lo son, llegaremos á resultados importantes, que debemos tener presentes. Fuera de Roma, es decir, en toda la estension de los Estados pontificios, esceptuando la capital, en las Legaciones, en las Marcas, en la Umbría, en las diez y ocho provincias, ¿Cuántos empleados eclesiásticos hay? Quince; es decir, uno por cada provincia, porque esceptuamos, tres donde no hay ningun empleado eclesiástico. Estos son delegados, ó como diriamos nosotros, prefectos; los demas empleos, incluso los de los consejos y los tribunales, están servidos por seculares.

El número de estos últimos es, de dos mil trescientos trece, en la parte civil, y sisientos veinte

en la judicial, que suman por todo, dos mil novecientos treinta y tres; de suerte que por cada eclesiástico, empleado, hay quince seculares. El ánimo mas prevenido, es imposible que deje de reconocer que no puede ir ya mas lejos el poder eclesiástico que á tan ínfimo grado ha reducido el número de los miembros de su clase y depositarios del poder en toda la estension del territorio; ¿quién ha de creer que este sea un abuso intolerable, y que el peligro cesaria si ese corto número de eclesiásticos empleados desapareciera de la escena?

Es digno de consideracion un hecho curioso y es, que las provincias administradas por seculares, entre otras, la de Ferrara y la de Camerino, no cesan de enviar diputaciones al gobierno pidiéndole un delegado eclesiástico. El pueblo no está acostumbrado á los delegados seculares: los desobedece y los acusa de que toman por interes público el de sus familias, ofreciéndose á cada momento cuestiones de precedencia y de etiqueta aún por lo que toca á sus mujeres. En una palabra, si para contentar el pretendido deseo de los pueblos de tener funcionarios seculares, el gobierno reservase para estos cierto número de empleados, hallaria en los mismos pueblos una viva oposicion á tal medida.

En Roma, centro del gobierno, el número de prelados de ambas clases empleados en la administracion, es necesariamente mas considerable que en las provincias; con todo, la superioridad numérica en favor de los seculares, es notable y conduce á los mismos resultados. Los datos estadísticos, por orden de ministerios, producen los siguientes:

El departamento de negocios extranjeros, sin in-

cluir los empleados en el exterior, tiene cinco eclesiásticos y diez y nueve seglares; siendo de advertir que en la denominacion de eclesiásticos, entran los principales, como el cardenal secretario de Estado y su sustituto que no están ordenados, lo mismo que la mayor parte de los prefectos, que sin embargo se designan aquí como eclesiásticos.

En el consejo de Estado, hay seis eclesiásticos y cinco seglares.

En el ministerio de lo interior, veinte y dos eclesiásticos, incluso los quince presidentes de las provincias de que ya se habló, y mil cuatrocientos once seglares.

En el de hacienda, tres eclesiásticos y dos mil diez y siete seglares.

En el de comercio, y trabajos públicos, dos eclesiásticos y ciento sesenta y un seglares.

En el de policía, dos eclesiásticos y cuatrocientos cuatro seglares.

En el de la guerra, no hay ningun empleado eclesiástico,

En el de justicia, incluso las córtes superiores que tienen una organizacion mista, hay cincuenta y nueve eclesiásticos y novecientos veinte y siete seglares. Los cincuenta y nueve eclesiásticos se dividen del modo siguiente: en el ministerio, un eclesiástico y diez y ocho seglares.

En la corte de casacion, nueve eclesiásticos y ocho seglares.

En la corte civil superior de la Rota, doce eclesiásticos y siete seglares.

En el tribunal civil, tres eclesiásticos y ciento diez y seis seglares.

En el criminal superior de la consulta, catorce eclesiásticos y treinta y siete seglares.

En el criminal, treinta y siete seglares y ningun eclesiástico.

En el del Obispado, nueve eclesiásticos y diez y siete seglares.

En el de la cámara apostólica, nueve eclesiásticos y diez y seis seglares.

En los tribunales civiles y criminales de 1.^o y 2.^o instancia de las provincias, seiscientos veinte seglares y ningun eclesiástico.

En los archivos de la cámara de notarios, diez y seis seglares y ningun eclesiástico.

En otras oficinas, un eclesiástico y seis seglares.

Los tribunales son la escuela de los prelados romanos, donde hacen su aprendizaje y preparan su carrera.

Con el objeto de rodearse de empleados vestidos de eclesiásticos y de hacer penetrar, no solo en la administracion sino aun en el Sacro Colegio y hasta cerca del trono las ideas ilustradas adquiridas por la práctica y por la esperiencia de negocios, y con el fin de abrir á la vez, como he dicho, la puerta al elemento secular, la corte de Roma ha procurado siempre rodearse de un cierto número de hombres cuidadosamente escogidos que no tienen intencion de ordenarse, y á los cuales les proporciona carrera. Doce ó quince prefecturas en las provincias, no bastarian para servir de atractivo, de escuela y de recompensa por los servicios prestados, y para satisfacer esta necesidad están reservados los tribunales superiores.

El número total de eclesiásticos empleados en el interior de los Estados pontificios no pasa de no-